

Historias que debo contar

Kabir Bedi

La vida emocional
de un actor

AMOK
EDICIONES

*Historias que debo contar.
La vida emocional de un actor*

Título original: *Stories I Must Tell. The Emotional Life of an Actor*

© 2021, Kabir Bedi

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

© Amok Ediciones por esta primera edición en España, mayo de 2023

© 2023, Marta Vázquez Heredia, por la traducción

© Terry O'Neill, por la fotografía de cubierta

Natalia Martínez, por la maquetación

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvín para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-25-5

Depósito legal: M-10915-2023

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Dedicado a todos los jóvenes técnicos como mi hijo Siddhartha
y a toda la gente joven que quiere cambiar el mundo para mejorarlo.
¡Ojalá realicéis vuestros sueños!*

Antes de empezar

La mayoría de estas historias que debo contar giran en torno a personas y lugares que he conocido y amado, quizá eso resulte peculiar. Las cuento con toda sinceridad y de la manera más fidedigna que puedo, aunque no soy infalible; espero que resulten interesantes. Son historias emocionales de tiempos difíciles y, en conjunto son la historia de mi agitada trayectoria como actor.

No es fácil escribir sobre mi vida; he conocido una gran fama y aquí hablo de cómo llegué hasta allí. También he cometido errores que quizá sirvan a alguien como advertencia. Al hacer memoria me vuelven algunos recuerdos que querría haber olvidado, pero los cuento porque en mi vida siempre se han entrelazado las penas y las alegrías, la agonía y el éxtasis.

En cuanto a la gente y los acontecimientos, solo hablo de ellos en relación con las historias de este libro. Pido disculpas a los amigos, familiares y compañeros que no menciono, quizá aparezcáis en otras historias porque tengo mucho que contar sobre aquellos años tan ajetreados. De momento, perdonadme. Os llevo en el corazón. Al final del libro doy las gracias a todos los que lo han hecho posible, pero ya desde aquí quiero expresar mi agradecimiento a las personas que han enriquecido mi escritura.

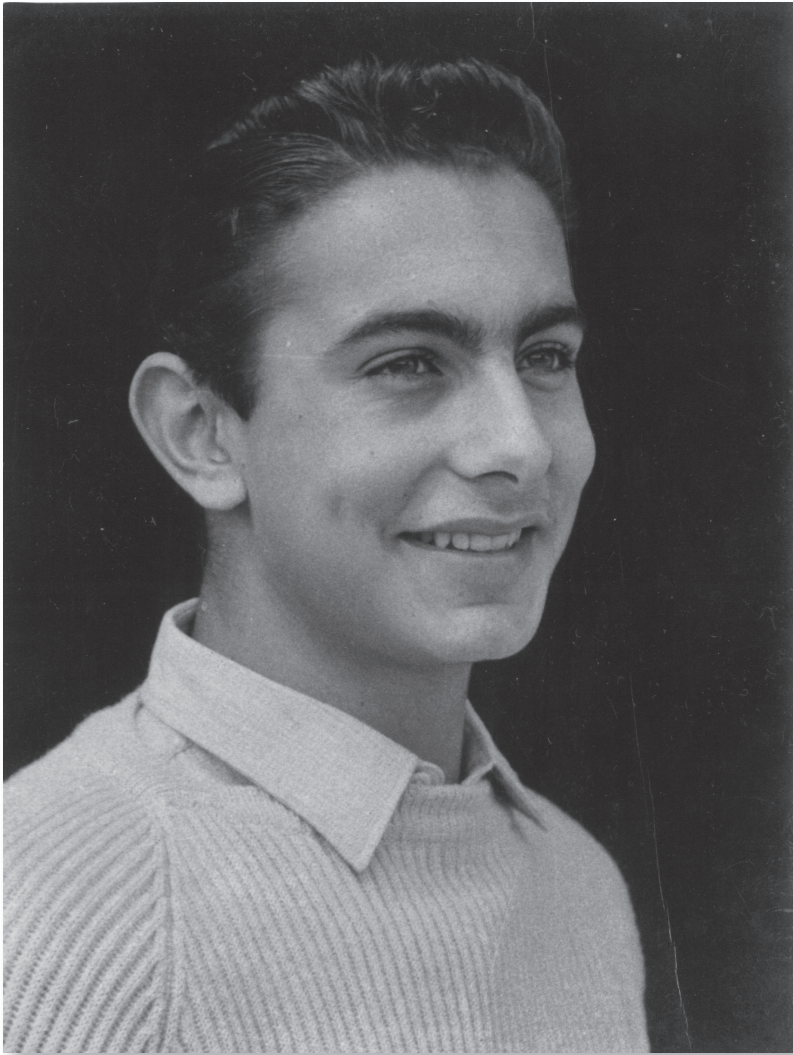
Estoy muy agradecido a mi gurú en el mundo de la publicidad, Gerson da Cunha; al periodista, historiador y escritor Andrew Whitehead; y a mi amigo periodista y escritor italiano Carlo Pizzati por sus valiosos consejos para escribir este libro.

Estoy muy agradecido a mi amigo Mickey Nivelli, a su maravillosa esposa Chand y a su espíritu guía, Lotte, por ayudarme en mi época de mayor necesidad. Nunca olvidaré su bondad ni dejaré que caiga en el olvido.

Estoy muy agradecido a Giampaolo Cutillo, antiguo Cónsul General de Italia en Bombay, por proponerme como *Cavaliere*, el mayor reconocimiento civil italiano. Gracias también a Elisabetta Salvatori, su bella esposa y dinámica compañera de vida.

Estoy muy agradecido a mi esposa, Parveen Dusanj-Bedi, por su amor incondicional. Ella me ha motivado para terminar este libro después de años de comienzos frustrados. Sus consejos han sido tan valiosos como los que más. Le estaré eternamente agradecido.

Benditos seáis todos los que me habéis deseado éxito, vuestros deseos han ayudado a hacerlo realidad.



1

ME MARCHÉ POR LOS BEATLES **Valentía y traición**

Cuando dejé atrás mi vida en Delhi, la capital de la India, fue por los Beatles, el grupo de rock más famoso del mundo en los años 60. Todo empezó el día que los entrevisté, el 7 de julio de 1966. Fue una entrevista en exclusiva, cara a cara con cada uno de ellos durante media hora: una hazaña fabulosa para un reportero independiente de veinte años. Trabajaba para All India Radio, una emisora que entonces era monopolio del estado, y cuando dije a mis jefes que quería entrevistar a los Beatles, se rieron de mí diciendo que era imposible: ningún periodista de la ciudad había conseguido ponerse en contacto con ellos. Les insistí diciendo que no tenían nada que perder, solo necesitaba que me dejaran una grabadora. Al final aceptaron como quien consiente un capricho a un niño para que deje de incordiar, y me lancé a la calle dispuesto a triunfar en aquella misión imposible.

La policía había instalado barreras en Mathura Road para mantener a los fans alejados del hotel donde estaban los Beatles, el Oberoi Intercontinental, el primer hotel moderno de cinco estrellas construido en Delhi. A mí me dejaron pasar con el carnet de prensa. El elegante vestíbulo de mármol y cristal del hotel estaba lleno de periodistas y fotógrafos que también buscaban a los Beatles, pero ninguno los había visto. Alguien susurró que los estaban sacando a escondidas del hotel por la puerta de la cocina y los fotógrafos salieron corriendo para pillarlos. Me quedé allí, vigilando las puertas de los ascensores sin descolgarme del hombro la grabadora con el emblema de All India Radio. Me encantaban los Beatles y sabía que el primer paso era contactar con su mánager, Brian Epstein, que bajó

al vestíbulo dos horas después seguido de uno de los directores del hotel y se dirigió a la salida sin que nadie lo reconociera. Yo tenía un plan, y me acerqué a él mientras estaba esperando su coche.

—¿Señor Epstein? —dije sin aliento; me cosquilleaban todas las células del cuerpo.

—Sí —respondió secamente, irritado porque le hubieran reconocido.

—Soy de All India Radio, señor Epstein —farfullé—. La radio nacional de la India.

Me ignoró directamente, así que puse en marcha mi plan de recurrir a la inventiva.

—Señor Epstein, el Gobierno ha programado una entrevista con los Beatles esta noche a las diez.

Con eso conseguí su atención; se giró hacia mí furioso y gritó:

—¡¿Cómo se atreven?! ¡Los chicos NO van a conceder entrevistas A NADIE!

Epstein empezó a andar hacia el coche que llegó en ese momento, y yo fui detrás de él insistiendo.

—Pero el Gobierno ya ha anunciado la entrevista. Puede haber serias complicaciones si los Beatles se niegan. Tenga en cuenta que es un asunto de estado, señor Epstein —le imploré.

Se paró de repente con expresión inquieta, parecía indeciso. Eso me dio esperanza; había estimado correctamente el punto débil de Epstein.

Me había inventado lo del Gobierno porque sabía que los Beatles habían pasado un mal rato en Filipinas antes de venir a Delhi. Según la prensa, la esposa del dictador Ferdinand Marcos, Imelda Marcos, les pidió que actuasen en la fiesta de cumpleaños de sus hijos después del concierto en Manila. Los Beatles se negaron y la cólera del matrimonio Marcos cayó sobre ellos: tuvieron que abandonar de inmediato el país y la gente los agredió en el aeropuerto. Nueva Delhi era una parada improvisada para reponerse antes de volver a Londres.

—Soy un gran fan de los Beatles, señor Epstein... No quiero que tengan problemas con el Gobierno indio.

Me miró con actitud agresiva. Yo estaba en ascuas, era un momento crítico.

—Los chicos NO van a hacer entrevistas —dijo enfadado—. ¡Yo haré la puñetera entrevista!

Me dio un vuelco el corazón; conseguir una entrevista con Brian Epstein era un gran triunfo para mí.

—Muchísimas gracias, señor Epstein. Estoy seguro de que mis jefes estarán muy satisfechos.

Me dio la espalda sin decir nada más y subió al coche. Yo aún tenía que confirmar nuestra cita.

—Son las cinco. ¿A qué hora y dónde quiere que nos veamos?

—A las siete en punto —dijo con desdén, y le hizo un gesto al director del hotel que estaba a mi lado. Poco después ya me había informado del procedimiento para acceder a la habitación de Epstein.

Los Beatles dominaban la escena musical internacional desde 1964, el año que conquistaron Estados Unidos. En Saint Stephen's College —la universidad de Delhi donde estudié—, nos entusiasaban a todos. Habían eclipsado a iconos de la década anterior como Frank Sinatra, Nat King Cole y Elvis Presley creando una música pop radicalmente distinta, una mezcla de rock, soul y folk con arreglos increíblemente originales y letras mucho más impacantes que las canciones con rima habituales hasta entonces. Fueron los símbolos de una Nueva Era que influenciaron a los jóvenes de mi generación en todo el mundo, incluso en la lejana India. Los Beatles reflejaban el movimiento contracultural que recorría Occidente en los años 60. Los *hippies* proclamaban su filosofía de no violencia y «Flower Power», los pacifistas se manifestaban en las calles contra la guerra de Vietnam, y Londres se convertía en capital de la nueva cultura con la escena musical y de la moda centrada en Carnaby Street, donde surgió el estilo psicodélico. Todos eran admiradores de los Beatles. Apenas podía controlar el entusiasmo al pensar que los iba a conocer.

A las siete en punto llamé con los nudillos a la puerta de la *suite* de Epstein, era la última del pasillo en uno de los pisos más altos del hotel. No hubo respuesta; esperé un minuto largo y llamé otra vez, sin resultado. Volví a insistir llamando más fuerte, pero no respondió nadie. Ya empezaba a perder la esperanza cuando Epstein abrió la puerta de repente y se quedó mirándome; estaba pálido y sudoroso, envuelto en un albornoz blanco.

—Soy Kabir Bedi de All India Radio, señor Epstein. Me prometió que me concedería una entrevista —le dije con una sonrisa.

Él puso los ojos en blanco.

—¡Dios! —exclamó—. No puedo hacer esto ahora...

La decepción me dejó sin palabras. Al verle tan desaliñado pensé que quizá estuviera drogado. En cualquier caso, era evidente que no se encontraba bien. Falleció un año después, en agosto de 1967, a los treinta y dos años.

Pero tampoco estaba dispuesto a marcharme sin más, y le supliqué con desesperación:

—Es que el Gobierno le ha dado mucha publicidad a la entrevista... Está anunciada para esta noche a las diez.

—Espere un momento —dijo irritado, y me cerró la puerta en las narices.

Empecé a sudar, no sabía qué iba a pasar. Al cabo de unos minutos Epstein salió un poco más arreglado, con pantalones debajo del albornoz. Me cogió del brazo y me llevó agarrado hasta el otro extremo del pasillo, llamó a la puerta de una *suite* y abrió Paul McCartney. Los demás Beatles estaban en el salón y sentí que me electrizaba al verlos en carne y hueso.

—Hacedme un favor, chicos —dijo Epstein respirando con dificultad—. Concededle una entrevista a este hombre.

Paul asintió y sonrió. Epstein volvió a su habitación.

—Se lo agradezco mucho —balbuceé impresionado; tenía la sensación de estar flotando mientras acompañaba a Paul al interior de su guarida.

—¿De dónde eres? —me preguntó Paul en tono amable.

—De All India Radio, la emisora más importante de la India —le dije con osadía. No hacía falta explicar que era un monopolio estatal—. Todo el mundo la escucha.

Eso tampoco era verdad: la mayoría escuchaba Radio Ceylon, que emitía desde Sri Lanka y se imponía sobre otras emisoras con canciones populares de Bollywood. El programa que más éxito tenía en la India era *Binaca Geetmala*, de Ameen Sayani. All India Radio solo emitía música pop occidental media hora a la semana en *A Date with You*, que presentaba la mítica Preminda Premchand.

Paul McCartney me llevó hasta un sofá. George Harrison estaba sentado en el suelo pulsando las cuerdas de un sitar, Ringo Starr leía periódicos tirado en otro sofá y John Lennon estaba junto a las cortinas que tapaban las ventanas, hablando con un indio que llevaba un traje oscuro. A ninguno pareció importarle mi presencia allí. Yo sentía el pulso martilleándome en las sienas mientras los miraba, ¡estaba con los Beatles, tío!

Cuando los entrevisté en 1966, los Beatles ya eran uno de los grupos con más éxito en la historia de la música pop. La «beatlemania» se estaba extendiendo por todo el mundo. Yo era un ferviente admirador suyo, acababa de terminar la carrera y de repente estaba allí: entrevistándolos en la habitación de su hotel cuando ningún otro periodista indio había conseguido llegar hasta ellos.

Había seguido su carrera desde 1963, el año que entré en la universidad; me conquistaron con *I Want to Hold Your Hand* y *She Loves You*. En 1964 me encantó *Hard Day's Night*. Pero me convertí en admirador incondicional cuando escuché *Yesterday* en el disco *Help* de 1965. Su último álbum era *Rubber Soul*, y pregunté por él a Paul.

—¿Es verdad que se vendieron más de un millón de copias de *Rubber Soul* en los primeros diez días?

—Eso he oído yo también —me dijo con una sonrisa que le marcó arrugas junto a los ojos. Tenía cara de chico inglés simpático, y le iba bien el apodo que le habían puesto: «el Beatle guapo».

—¡Me encantó *Michelle*! —dije tartamudeando—. Es una canción tan tierna, casi como una balada inglesa. ¿Por qué eligió un nombre francés? ¿Era alguna chica que conocía?

—No, no. Nada de eso —dijo Paul negando con la cabeza—. La compuse hace mucho, es una canción de amor y *Michelle* me sonaba romántico.

—¿Cree que ese estilo más suave de *Rubber Soul* se mantendrá en sus próximos trabajos?

—Hemos estado probando un montón de sonidos nuevos —dijo con seriedad—. Puede que nuestro próximo disco rompa algunos esquemas.

Se refería a *Revolver*, que salió un mes después y fue uno de sus discos más innovadores, con canciones tan radicales y vanguardistas como *Eleanor Rigby* y *I'm Only Sleeping*, además de la alegre *Yellow Submarine*.

—¿Puede decirme cómo será? —Yo esperaba que me diese algún tipo de primicia.

—La verdad es que no —dijo Paul en tono amable, negando de nuevo con la cabeza—. Tendrás que esperar a que salga, pero te aseguro que va a estar bien.

No tenía ganas de entrar en detalles conmigo; me veía como el joven reportero inexperto que yo era, y respondió al resto de mis preguntas con la soltura que da la práctica. Para mí no hubo sorpresas porque ya conocía las respuestas: «Sí», él y John habían estudiado música juntos en Liverpool; «Sí», Epstein era el responsable de su nueva imagen de «buenos chicos». Lo último que le pregunté fue si le había influido la música india.

—Oye, yo escucho de todo, pero habla con George —respondió Paul, animándome con esa sonrisa irresistible—. Él sabe más de la India que todos nosotros juntos.

Le estreché la mano pletórico de gratitud; era un hombre muy amable.

Sin dejar de pulsar las cuerdas del sitar, George Harrison me llamó con un gesto para que me acercase. Le gustaba tanto el sitar que le llamaban «el indio» de los Beatles. Yo quería sondearle sobre su relación con la India y la espiritualidad hindú.

—Nos dejó alucinados a todos tocando el sitar en *Norwegian Wood* —le dije para empezar. Él aceptó el cumplido asintiendo sonriente—. ¿Era la primera vez que se tocaba un sitar en una canción occidental?

—No se me ocurre ninguna otra —respondió insinuando una sonrisa—. Me gustaría usarlo más.

Después tocó el sitar de una manera mucho más creativa en *Love to You* y *Tomorrow Never Knows*, ambas del disco *Revolver*. Para los sonidos parecidos a los del sitar en *Strawberry Fields* en realidad usó un *swarmandal*, conocido también como «arpa india». El primer guitarra de los Beatles siempre estaba buscando nuevos sonidos.

—¿Siempre lleva el sitar cuando viaja?

—No —dijo simplemente—. Voy a comprar uno aquí.

—¿Aquí en Delhi?

Él asintió y dejó el sitar en el suelo con mucho cuidado.

—Este está muy bien.

Eso era una pequeña primicia. Me imaginé diciendo: «¿Sabías que George Harrison compra sus sitares en Delhi?».

—¿Le ha influido Ravi Shankar?

—Es un gran músico, me tiene impresionado. Le he conocido hace poco.

—¿Piensa pasar más tiempo con él?

—Tengo mucho que aprender de él.

—He leído que le interesa mucho la filosofía hindú

—El hinduismo es como un océano... He leído a Vivekananda.

—¿Swami Vivekananda? —le pregunté sorprendido. Vivekananda era famoso en occidente desde que había hablado del hinduismo en el Parlamento de las Religiones del Mundo, en Chicago—. ¿Es por eso que le llaman «el indio» de los Beatles?

—Yo no soy indio —dijo con una leve sonrisa—. Si uno busca un camino, todas las religiones lo tienen. Aunque se podría decir que soy un poquito hindú. Espero volver aquí con los chicos algún día.

Lo decía en serio. Los Beatles volvieron a la India dos años después y pasaron bastante tiempo en Rishikesh, en el centro de meditación de Maharishi Mahesh Yogi, a quien se bautizó de inmediato como «el gurú de los Beatles». Aquel periodo resultó ser uno de los más prolíficos de su carrera musical.

No recuerdo el resto de nuestra conversación, pero sonaba sincero. Me pareció un hombre con un alma vieja y una gran profundidad interior. Volvió a coger el sitar, dando a entender que ya había hablado bastante, y señaló con un gesto a Ringo Starr, pero yo no me moví. Me faltaba la última pregunta.

—¿Cuál es su disco favorito?

—Creo que *Rubber Soul* —respondió George con una sonrisa burlona. Pensé que era por hacer promoción, pero lo decía en serio.

Me acerqué a Ringo Starr, uno de los mejores percusionistas del mundo. Seguía leyendo los periódicos pero los dejó a un lado y me atendió con mucha simpatía. Su mirada tenía una calidez cautivadora que me convertía en su igual, parecía un hombre bueno por naturaleza y conecté con él a nivel humano. Pero respondía a todas mis preguntas con monosílabos o frases hechas.

—¿Siempre ha querido ser percusionista?

—Sí.

—¿Tiene alguna canción favorita?

—Las baladas.

—¿Qué sabe de la India?

—No mucho.

—¿Qué le diría a Peter Best, el anterior batería de los Beatles?

—Nada.

Me miró con curiosidad y me preguntó:

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

Le conté lo difícil que había sido convencer a Epstein, aunque no le dije cómo lo había conseguido. De todas formas le hizo gracia. Después le dije que me gustaba mucho cómo tocaba en *Day Tripper*; él me lo agradeció con una sonrisa y me despidió con un gesto.

Me dirigí hacia John Lennon, pero todavía no podía atenderme.

—Aún no he terminado con este señor, es el director de la BOAC —dijo John, señalando al hombre del traje oscuro. Yo le dije que no importaba y esperé impaciente a que acabase de hablar con el director de la compañía que hoy es British Airways.

La colaboración entre John Lennon y Paul McCartney para componer las canciones es famosa en la historia de la música. John era el Beatle «más interesante», con su vena rebelde, sus gafas redondas y su agudo ingenio. Cuando actuaron en el Royal Variety Performance en 1963 —un concierto benéfico televisado al que asistía la reina Isabel II y otros miembros de la realeza inglesa— Lennon dijo: «Quiero pedirles su colaboración para nuestra última canción. Los que están en los asientos más baratos, ¿podrían dar palmas? Y los demás, es suficiente con que hagan sonar sus joyas».

Nos encantaba la irreverencia antisistema de Lennon, aunque nos preguntábamos por qué habría aceptado que la reina le nombrase Miembro de la Orden del Imperio Británico. Pero John Lennon era incapaz de hacer ningún mal, y para mí era el mejor músico de todos los tiempos.

El director de la BOAC se marchó y John me hizo señas para que me acercase. Me senté a su lado en un gran sofá, recuerdo que estaba sobrecogido por las circunstancias. John Lennon era un ídolo mundial y estaba ahí, mirándome con curiosidad, dispuesto a

responder a mis preguntas. Era tan surrealista como *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Me parece increíble estar hablando con John Lennon —le dije nervioso.

John sonrió y yo me derretí.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Veintiuno. Acabo de terminar la universidad. Estoy trabajando para All India Radio.

—Es una buena edad, la que teníamos nosotros más o menos cuando formamos los Beatles.

—¿De verdad? —No recordaba que fuese tan joven cuando empezaron—. ¿Se imaginó entonces que llegaría a ser tan famoso?

—Todos los músicos quieren ser famosos.

Aunque sabía que era una impertinencia, yo quería hablar con Lennon sobre drogas. Algunos de mis amigos de la universidad fumaban porros de vez en cuando. El sabio de nuestro grupo y mi mejor amigo en aquella época era Vivek Adarkar; tenía cara de luna, el pelo negro y rizado, con los rizos cayendo sobre su *kurta* blanca siempre arrugada. Nadie habría adivinado que su padre era gobernador del Banco de la Reserva de la India. «Brother Vic» era nuestra fuente de anécdotas y datos curiosos sobre los Beatles, y había compuesto una cancioncilla absurda¹ que cantaba en *crescendo* para hacernos reír:

Kundalini canta, kundalini baila,
algo tan minúsculo
me sube por la médula,
y se vuelve ma-yús-cu-looo.

«Se colocan todos, tío», decía Vic categóricamente. «Hasta con LSD. Lo noto, tío. Está en su música».

Yo no me lo creía; quería comprobar si nuestro sabio estaba bien informado, pero tenía que plantear el tema con delicadeza.

—John —le tuteé porque sabía que prefería la informalidad—, creo que eres el mejor músico del planeta.

¹ *Captain Kundalini* fue uno de los seudónimos que usó John Lennon. (*N. de la T.*)

—Hay un montón de músicos estupendos por ahí, todos buenísimos en lo suyo.

—¿Cómo te hiciste músico?

—Mi madre me dio una guitarra y... así empecé. En cualquier caso, tampoco era buen estudiante.

En ese momento me pareció que estaba lo bastante relajado como para preguntarle lo que más me interesaba.

—¿Qué significa «*Day Tripper*»? —Él me miró un tanto sorprendido. Era una canción que habían sacado en un disco sencillo al mismo tiempo que el álbum *Rubber Soul*.

—Pues... —titubeó—, una especie de... como un filósofo dominguero.

—¿Un filósofo dominguero?

—Bueno... gente que hace algo solo ocasionalmente.

Era el momento de lanzarme.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Si no hay más remedio —dijo cauteloso.

—¿Tú fumas hachís o hierba?

John me miró entornando los ojos detrás de sus gafas redondas.

—¿Quieres meterme en líos, chaval? No sé cómo son las leyes aquí. Unos músicos fuman y otros no fuman. Júzgalos por su música.

—A juzgar por tu música, tú sí fumas —le dije, esperando que lo confirmase.

Él movió la cabeza negando, pero con expresión cordial.

—¿Siguiente pregunta? —dijo para cambiar de tema.

—¿Y el LSD? —insistí.

Yo no lo había probado, pero tenía curiosidad.

—¿Qué pasa con eso? —Se puso a la defensiva, ya sin cordialidad.

—¿Has probado el LSD alguna vez? —le pregunté en voz baja.

—No, no lo he probado —respondió John cortante—. Y vamos a dejar clara una cosa, ¿vale? No quiero que se difundan ese tipo de historias. Puede ser peligroso.

Lennon tenía razón; a lo largo de los años he conocido a grandes talentos que han acabado mal por el LSD, aunque tenía defensores tan famosos como Timothy Leary, Aldous Huxley y Alan Watts.

—Perdona, esto lo borraré de la entrevista —murmuré. No quería que pensase mal de mí, Lennon era mi héroe. Pero Brother Vic estaba en lo cierto, y la influencia del LSD apareció en los dos discos siguientes. *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* tenía canciones como *Lucy in the Sky with Diamonds*:

Picture yourself on a boat on a river,
with tangerine trees and marmalade skies.
Somebody calls you, you answer quite slowly,
a girl with kaleidoscope eyes².

Después de haber negado rotundamente que consumiera LSD, al ver mi decepción, John se inclinó hacia delante y me dijo en voz baja:

—Sé que quieres una primicia, chico, lo entiendo. Pero con eso no te puedo ayudar.

La calidez con que lo dijo me llegó al corazón.

—¿Qué consejo le darías a los jóvenes de hoy?

—Que lo cuestionen todo. Que no tengan miedo de ser unos rebeldes.

Pensé que quizá conocería la obra de Albert Camus, así que me referí a él:

—Albert Camus dice que los rebeldes son los que hacen avanzar a una sociedad.

—Es genial, lo he leído. Un gran pensador.

El director de la BOAC volvió y señaló con gestos imperiosos unos papeles que llevaba.

—Perdona —dijo John, levantándose del sofá—. Tengo que ocuparme de esto.

Me levanté y me quedé allí clavado, no quería irme de esa manera tan brusca y le dije lo que me salió del alma:

—¿Puedo darte un abrazo?

Él lo eludió educadamente, me pasó un brazo por la espalda y me guio hacia la puerta. Paul me dijo adiós con la mano desde lejos, George seguía concentrado en su sitar y Ringo leyendo sus

² «Imagínate en una barca en un río con árboles de mandarina y cielos de mermelada. Alguien te llama, respondes despacio, una chica con ojos caleidoscópicos». (*N. de la T.*)

periódicos. Cuando salí de la habitación iba saltando de alegría: había conocido a mis dioses, los Beatles.

Luego me di cuenta de que me había faltado una buena pregunta. Un par de meses antes mi tío Charles —un primo de mi madre que trabajaba en el Departamento de Investigación Criminal (CID) de Londres, y que sabía cuánto me gustaban los Beatles—, me había enviado por correo una entrevista con Lennon publicada en el *Evening Standard*. John había hablado sobre la vida, la muerte y la religión, y uno de sus comentarios me llamó enseguida la atención: «Ahora somos más populares que Jesús».

«¡Guau, qué valiente!», pensé admirado. Sin embargo no pareció molestar a nadie y no me volví a acordar. Aunque se lo tendría que haber mencionado a Lennon. Unos meses después, justo antes de que los Beatles empezasen su gira por Estados Unidos, la prensa del país se hizo eco de ese comentario sobre Jesús y hubo una reacción incendiaria: desde quemas públicas de sus discos y el boicot de las emisoras de radio hasta amenazas del Ku Klux Klan. En 1980 John Lennon fue asesinado por Mark David Chapman, un «cristiano renacido» encolerizado porque John había dicho que era más popular que Jesús. Su trágica muerte me dejó desolado.

Mi entrevista de 1966 con los Beatles tiene una apostilla interesante. Reynold D'Silva, el director de la discográfica londinense Silva Screen Records, vino a la India en 2018 para hacer un documental sobre el viaje de los Beatles a Rishikesh en 1968. A través de amigos —y de mi cuñada Suki—, Reynold se enteró de que yo los había entrevistado y vino a verme a Bombay. Cuando le dije que había conseguido llegar hasta ellos gracias a Brian Epstein se le cambió la cara.

—Brian Epstein ya no estaba con ellos cuando vinieron a la India —dijo negando solemnemente con la cabeza.

—Sí que estaba —insistí; yo sabía perfectamente con quién había hablado—. Epstein había venido con ellos cuando los conocí.

—Pues no es así, hasta donde yo sé —dijo con un tono compungido muy británico. Él era un experto en los Beatles y se sabía su vida de memoria—. El único viaje que hicieron a la India fue para visitar al gurú Maharishi Mahesh Yogi en Rishikesh. Y te aseguro que Epstein ya no estaba con ellos.

—Los conocí en los tiempos de su viaje a Manila.

Él movió la cabeza negando enérgicamente.

—No creo que los Beatles hicieran ningún otro viaje a la India —dijo en tono amable—, pero lo comprobaré. En Londres hay gente que ha documentado cada día de sus vidas.

Reynold hizo sus averiguaciones y se convenció de que los Beatles estuvieron en Delhi entre el 6 y el 8 de julio de 1966 en lugar de volver directamente a Londres después de los incidentes de Manila, y Brian Epstein iba con ellos. Tuve mi desquite porque me entrevistaron para incluir mis opiniones en el documental.

Entrevistar a los Beatles fue mi mayor éxito como reportero; mi entrevista fue la única que hicieron en la India. All India Radio la emitió varias noches después. Los responsables de la programación no tenían ni idea de lo que significaba y la pusieron de repente, sin informar a los oyentes ni hacer ningún tipo de promoción. La anunciaron justo antes de emitirla: «Y ahora, una entrevista con los Beatles». Mi gran exclusiva no me hizo famoso. Preminda Premchand, la presentadora de *A Date with You*, sabía que era una hazaña y me felicitó efusivamente. De los jefazos de la emisora el único que me reconoció el mérito fue S. K. Mallik.

Pero todavía me esperaba una decepción mucho mayor; cuando pedí una copia de la entrevista, el personal de la emisora no pudo encontrar la cinta con la grabación. Armé un escándalo y hubo una investigación, pero resultó que habían grabado otros programas sobre la entrevista. ¿Cómo podían haber borrado una entrevista con los Beatles? Valía su peso en oro, ¡podían haberla emitido durante siglos! Me respondieron desafiantes: «No tenemos presupuesto para cintas nuevas». Era para ponerse enfermo: primero no habían anunciado debidamente la entrevista y después, para mayor sacrilegio, habían borrado la cinta con mi exclusiva histórica. Fue la gota que colmó el vaso en mi relación con All India Radio; me enfurecí y les eché en cara su ignorancia y su mediocridad de burócratas con toda mi rabia juvenil. La emisora me había defraudado de mala manera; ya estaba más que harto de ellos: era el momento de dejarlo.

En aquella época la radio era mi sustento. Por la noche leía los boletines de noticias para *External Services*, el informativo que All India Radio emitía a partir de las doce. Con eso y otros trabajos puntuales como locutor me había pagado los estudios y me daba

para vivir, pero estaba cansado del ambiente tan poco estimulante que había en la emisora estatal. La lentitud de la burocracia era apabullante, las nuevas ideas se rechazaban tajantemente, las sugerencias creativas caían en saco roto y se trataba con suspicacia a los colaboradores externos. De todas formas no ganaba suficiente y yo veía que ahí no tenía futuro. Les había dado lo mejor de mí, pero no había servido de nada.

El último año de universidad no había podido hacer los exámenes finales porque me fracturé la columna mientras ensayaba una obra en Miranda House. Estuve tres meses tumbado sobre una tabla, y tuve que esperar hasta final de ese año para presentarme a la siguiente convocatoria; esos meses había dedicado más tiempo a trabajar en la radio y la televisión, creía que podía ser una profesión fascinante, pero con lo de los Beatles me dieron el golpe de gracia. No había vuelta atrás.

Cuando me despedí de All India Radio cogí un *ricksshaw* para ir a Ratendon Road (ahora Amrita Shergill Marg), donde vivía en una habitación alquilada. Mientras pasábamos por delante del Parlamento yo iba pensando qué echaría de menos si me marchase de la ciudad. Seguimos por la plaza que separa Rashtrapati Bhavan, la antigua residencia de los gobernadores británicos, de India Gate, el lejano arco del triunfo de la India. Son lugares emblemáticos en «la Delhi de Lutyens», diseñados por Edward Lutyens y Herbert Baker cuando los británicos trasladaron la capital de la India desde Calcuta. Antes, cuando vivía en la residencia de estudiantes de St. Stephen's, para volver a casa tenía que atravesar la Vieja Delhi pasando frente a las enormes murallas de Red Fort, la fortaleza de los emperadores mogoles que gobernaron la India durante siglos. Mientras recorríamos a toda velocidad las avenidas arboladas de Nueva Delhi, el *ricksshaw* pilló un bache muy profundo y me di un golpe en la cabeza con la barra de hierro que tenía el toldo. El dolor fue espantoso; al mirar hacia arriba vi un avión atravesando el cielo anaranjado del atardecer, y la rabia que llevaba acumulada estalló.

—Algún día me moveré en avión por cuenta de la empresa —me juré.

Tiempo después me moví mucho en avión por cuenta de las empresas, pero en aquel momento estaba en la ruina y sin trabajo, y no

podía recurrir a mis padres para que me ayudasen económicamente. Mi padre era un filósofo dedicado a profundizar en las dinámicas del universo y la transformación de la gente. Mi madre dirigía una escuela benéfica donde enseñaba inglés a monjes tibetanos refugiados en Dalhousie. Ellos no tenían dinero y yo quizá tuviera mil rupias en total. Tardé unos días en encontrar la solución. Aunque fue una decisión difícil, sabía que tenía que ser valiente. Solo llevaba setecientas rupias en la cartera cuando me marché de Delhi en un tren renqueante camino de Bombay, la ciudad de los sueños cinematográficos de la India.

Cuando el tren salió de la estación de Old Delhi dejando atrás a los arrogantes mozos de equipajes, a los *chai-walas* que vendían té en grandes vasos de arcilla y a los desconocidos llorosos que decían adiós con las manos, sentí una profunda convulsión emocional. Me estaba marchando de la ciudad que consideraba mi hogar; una ciudad donde nunca tuve una casa en propiedad. Habíamos vivido en muchos sitios, todos de alquiler, buenos, malos y espantosos: un apartamento cutre en Karol Bagh, una casa preciosa en Nizamuddin, un piso del gobierno en Moti Bagh, incluso en una lujosa tienda de campaña en los jardines de un santuario budista a las afueras de Mehrauli. Nos trasladábamos según la situación económica y las actividades idealistas de la familia.

Mis padres hicieron grandes sacrificios para dar una buena educación a sus hijos con el poco dinero que entraba en casa. A mí me enviaron a varios colegios muy diferentes: Tyndale Biscoe School en Cachemira, la Escuela Pública de Delhi (DPS) en Nueva Delhi, el internado Sherwood College en Nainital y por último a St. Stephen's, la universidad india más parecida a Cambridge y Oxford, en la Vieja Delhi. También me enviaron a Bengala Occidental, a estudiar un año en la escuela fundada por Tagore en Shantiniketan.

Como no había sacado buenas notas en la Escuela Pública de Delhi me enviaron a Sherwood, un internado de élite en las montañas de Nainital. A mis padres les salía mucho más caro, pero mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. El director, R. C. Llewelyn, me apreciaba y se aseguró de que yo estudiase. En Sherwood también hice amistades para siempre: Pushpinder Singh, Gurmeet Singh, Ian Atkinson, Yogiraj Shitole, Ajitabh Bachchan, Sanjay Srivastava, Ravi

Tikeker, Kenneth Khan, C. S. Gill... Son demasiados para nombrarlos a todos. A veces me saltaba las clases para montar a caballo alrededor del lago, y siempre que me pillaban recibía seis buenos azotes en el trasero con una vara fina, un castigo tradicional. Pero aún así saqué un sobresaliente en los exámenes finales. Durante todos aquellos años, estuviera donde estuviera, Delhi siempre había sido mi hogar; había vivido allí desde los siete años, y los recuerdos comenzaron a agolparse en mi mente mientras el tren cogía velocidad.

Primero me acordé de los hermanos Gandhi, Rajiv y Sanjay. Nos hicimos amigos en el «colegio de *Aunty*³ Gauba», el primero al que fui en Delhi. Estaba en una mansión colonial cerca de Connaught Circus, era una pequeña escuela estilo Montessori dirigida por la alemana Elisabeth Gauba, una mujer amable pero muy temperamental. Tenía siete años cuando entré, Rajiv tenía dos años más y Sanjay un año menos que yo. Enseguida hice amistad con Rajiv, que se reía mucho. Sanjay era más introvertido y con él tenía menos complicidad. Solíamos pasar el día entero jugando los tres. Eran nietos del primer ministro de la India, Jawaharlal Nehru, e hijos de Indira Gandhi, que entonces era la asistente y representante oficial de su padre.

Mis amigos me invitaban a su casa con frecuencia; vivían en la residencia oficial del Primer Ministro, que en la época colonial había sido la mansión del comandante del ejército británico y a mí me parecía un palacio inmenso, aunque cuando volví siendo adulto no me pareció tan grande. Jugábamos en una habitación llena de trenes eléctricos que un jefe de estado había regalado a Rajiv y Sanjay durante su visita. Los trenes rodaban a toda máquina por grandes circuitos de vías con señales rojas y verdes que subían y bajaban. También construíamos pequeños *jeeps* con juegos de Meccano que incluían ruedas. Aprendimos juntos a montar a caballo en los jardines de Rashtrapati Bhavan, y en los cumpleaños de Rajiv y Sanjay hacíamos carreras. Nunca pensé que mis amigos tendrían un impacto tan decisivo en la historia de la India en las décadas siguientes, solo éramos chavales buscando diversión. *Aunty* Gauba nos enseñaba a ver la belleza en todo, y eso tuvo algunas consecuencias inesperadas; recuerdo a Pandit Nehru riéndose a carcajadas cuando

³ Tía. Es el tratamiento habitual para las mujeres de la generación de la madre. (*N. de la T.*).

nos encontró en el comedor de las recepciones oficiales admirando un cuadro en el que había una voluptuosa escultura.

Otro de los recuerdos conmovedores de aquellos tiempos es cómo inspiró mi creatividad *Aunty* Gauba. Con siete años escribí una poesía titulada *Cuando yo era pequeño*. Ella la leyó con las gafas en la punta de la nariz y me miró sorprendida.

—¿Esto lo has escrito tú?

Yo asentí, contentísimo de que le hubiera gustado. Levantó el papel y se lo enseñó a la clase.

—Esto es precioso. Lo voy a presentar al concurso Shankar —dijo con un gesto triunfal. Cuando me pidió que lo leyese en voz alta me puse colorado; era la primera vez que me pedían que «interpretase»:

Cuando yo era pequeño
 pensaba que el aire era una cosa suave que nos caía encima
 y cuando llovía pensaba que era nieve.
 Y pensaba que el barro estaba limpio.
 Pensaba que el mundo era una pelota
 y que las casas también eran pelotas grandes.
 Cuando empieza a oscurecer
 pienso que el sol sale volando por el viento.
 Cuando se hace de noche
 pienso que el mundo está sucio
 y cuando todo estaba silencioso con la luna
 pensé que la luna era la luz del mundo.

Shankar era un dibujante y caricaturista que había organizado un prestigioso concurso internacional para niños (*Shankar International Children's Competition*). El concurso premiaba la creatividad infantil en las modalidades de dibujo y pintura, escritura y teatro. Yo gané el primer premio en mi grupo de edad, y *Aunty* Gauba y mis compañeros se quedaron muy impresionados. Mantuve la amistad con Rajiv y Sanjay incluso después de cambiarme a otro colegio más cerca de nuestra nueva casa en Nizamuddin. La Escuela Pública de Delhi se había creado para acoger a los hijos de los miles de refugiados que llegaron a Delhi después de la partición de la India y Pakistán, y

seguía instalada en tiendas de campaña. Cuando el monzón traía lluvias torrenciales, el terreno se inundaba tanto que nuestros pupitres flotaban en el agua y teníamos vacaciones imprevistas. Solía ir a los jardines de la tumba de Humayun —que al parecer sirvió de inspiración para el Taj Mahal—, y allí reflexionaba sobre los misterios del universo. Ese espíritu de cuestionamiento nunca me ha abandonado. También iba muchas veces a casa de Rajiv y Sanjay.

Rajiv era un chico relajado y sociable, y Sanjay era más callado, con una vena muy testaruda; los dos adoraban a sus golden retriever, Madhu y Peppy. Mi hermana Gulhima (*Guli*), que es tres años y medio menor que yo, tenía la mala costumbre de decir «yo también» cuando yo iba a salir; era irritante a más no poder. Una vez que fui a visitar a mis amigos, Peppy se puso nerviosa por la presencia de Guli y le mordió el trasero. Hubo que curarla, pero luego todos nos reímos mucho. Después de aquello Guli solo me acompañó a sus fiestas de cumpleaños, en las que Madhu y Peppy no aparecían. En Delhi había un desfile fabuloso el Día de la República y lo veíamos con «*Aunty Indu*» desde los mejores asientos de la tribuna. Sentado en aquel tren camino de Bombay me venían imágenes del desfile: los camellos montados por soldados con fusiles; los grupos folclóricos de todas las regiones de la India que pasaban bailando *bhangra*, *garba*, *manipuri* y *kuchipudi*, los tanques girando las torretas, los regimientos que saludaban al pasar frente a nosotros y los reactores que surcaban el cielo pintando los colores de la bandera: naranja, blanco y verde. A Rajiv lo que más le gustaba eran los aviones, y a mí me encantaban los camellos.

El tren expreso que me alejaba de Delhi aceleró después de pasar sin detenerse por la pequeña estación de Nizamuddin. Mi primera obra de teatro la hice cuando vivíamos allí. Era una adaptación de *Bandar Da Vyah* (El matrimonio del mono), un cuento popular punyabí. Ensayábamos en casa de B. C. Sanyal —el decano del arte modernista indio—, dirigidos por su esposa Sneh, una ferviente izquierdista a quien todos llamábamos «Amma». Vivían cerca de nosotros y eran amigos de mis padres desde sus tiempos en Lahore. Yo hacía el papel de humilde leñador y el mono era su hija Amba, de ocho años. Fue una producción de bajo presupuesto pero la creatividad de Amma era infinita y su puesta en escena superó a otras con más presupuesto para vestuario y decorados. Nuestra obra ganó el primer premio del

concurso internacional Shankar en la modalidad de teatro. Fue mi segundo «primer premio» Shankar, aunque lo consiguiera de manera indirecta, y fue mi primer éxito como actor.

Cuando me marché de All India Radio tenía una duda existencial: ¿Qué demonios iba a hacer con mi vida? Me habría gustado ser arquitecto pero me dijeron que era imposible estudiar arquitectura y al mismo tiempo trabajar para mantenerme, por eso estudié Historia en St. Stephen's College. ¿Qué opciones tenía realmente? ¿Trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores o en la administración india? Mi universidad preparaba a sus alumnos para esas carreras, pero la idea no me entusiasmaba. ¿Escritor o periodista? Quizá, aunque en esas profesiones se ganaba poco. Y la política, ¿por qué no? Conocía a la familia Gandhi, pero yo no tenía dinero, y si me metía en la política para ganar dinero, ¿qué sentido tenía? No me imaginaba siendo corrupto, iba contra todo lo que mis padres me habían inculcado. No, la política estaba descartada. ¿Guía turístico? Como había estudiado Historia me sacaba algún dinero trabajando de guía turístico en invierno, cuando los guías oficiales no daban abasto. Pero tampoco me convencía. ¿Director de documentales? Conocía a Rajbans Khanna, el padre de Devieka Bhojwani y Malavika Sangghvi, que hacía documentales. Era un amigo de la familia que a veces venía a visitarme y a compartir un ron Old Monk en mi guarida. Podía pedirle que me orientase, aunque yo tampoco quería limitarme a los documentales. «Productor de cine» era demasiado ambicioso, sobre todo porque yo no tenía dinero para invertir. «Director de cine» sonaba mucho mejor, el cine me entusiasmaba y había aprendido los principios básicos trabajando en la televisión. Me gustaban sobre todo las películas de David Lean, Alfred Hitchcock, John Ford, Fellini, Jean-Luc Goddard y Luchino Visconti; también me habían impactado algunas películas indias como *Mughal-e-Azam* (*The Great Mughal*), de Karim Asif, *Do Bigha Zameen*, de Bimal Roy, y *Madre India*, de Mehboob Khan. «Eso es, ¡quiero ser director!», pensé. Entonces no había escuelas de cine, y por eso me fui a Bombay para aprender el oficio haciendo vídeos publicitarios.

Nunca había pensado en hacerme actor profesional; en el internado había ganado la Copa Kendal al «Mejor Actor», y fui secretario de la *Shakespeare Society*, el grupo de teatro de la universidad, pero

actuar era solo un *hobby*. Hice varias obras en el Lady Irwin College compartiendo el escenario con Ritu Kumar, que actualmente es una de las diseñadoras de moda más famosas de la India. Cuando representamos *Julio César* en St. Stephen's yo interpreté al despreciable Casca junto a Kapil Sibal, que hacía de César. La irreverente revista escolar *Kooler Talk* afirmó que a César lo habían asesinado dos veces, primero Bruto y después Kapil Sibal. Él y yo estábamos siempre de broma, éramos amigos aunque no estuviéramos de acuerdo en todo. Kapil fue elegido presidente del Sindicato Universitario, pero yo voté por su oponente, Arun Maira. Kapil se hizo político y ha destacado como ministro en los gobiernos del Partido del Congreso, mientras que Arun es un respetado asesor de gestión empresarial. Los mejores actores que había en la universidad eran Roshan Seth y su hermano menor Aftab Seth, y nuestra mejor actriz era Brinda Karat (la llamábamos Das), que estudiaba en Miranda House y tiempo después se convirtió en una ferviente activista del Partido Comunista.

La verdad es que a mí me gustaba más el debate intelectual que el teatro, pero el listón estaba muy alto con gente como Montek Singh Ahluwalia, Prabhat Patnaik, Ram Chopra o Arun Maira, que eran las estrellas de los grandes debates. Yo debatía con compañeros menos conocidos. Lo que más famoso me hizo en la universidad fue ganar el Premio de Cultura General. Siempre había escuchado con atención a mis padres cuando hablaban sobre política y economía, religiones y guerras, justicia e injusticia, y devoraba los periódicos (todavía lo hago) porque en aquellos tiempos me interesaba mucho la política.

Cuando me puse en marcha hacia Bombay en 1967, Indira Gandhi llevaba algo más de un año en el cargo de Primera Ministra y Zakir Hussain acababa de convertirse en el primer Presidente musulmán de la India. En Bengala había empezado una guerra de guerrillas contra el estado tras un levantamiento popular de inspiración comunista en Naxalbari. La guerra de Vietnam estaba en pleno apogeo; Mohamed Ali se negó a hacer el servicio militar luchando en la guerra y le quitaron sus títulos de campeón de boxeo. En mi entorno muchos amigos de St. Stephen's estaban trabajando para el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Administración, otros tenían buenos puestos en grandes empresas y yo iba camino de Bombay para convertirme en director de cine.

En esa época Rajiv y Sanjay cambiaron las carreras con trenes de juguete por las carreras con Ambassadors, y conducían a gran velocidad los espaciosos coches indios por las circunvalaciones de Nueva Delhi. Después de un viaje realmente espeluznante con Sanjay, que casi puso el coche sobre dos ruedas en una rotonda, preferí no acompañarlos más a dar paseos en coche. Rajiv quería hacerse piloto de reactores y Sanjay estaba diseñando un «coche para el pueblo». Pasó el tiempo y Rajiv consiguió su licencia de vuelo, pero el proyecto de Sanjay no terminaba de despegar. Fui a visitarlo en su lejana «fábrica», que era más bien un taller con pretensiones, y dimos una vuelta en el cochecito que había construido. Íbamos estrujados, el coche tenía las ruedas bastante pequeñas y era muy lento. Él sabía que eso no era lo que quería, pero sus ojos no perdían el fulgor.

—Voy a darle a la India un buen coche —me prometió—. Es cuestión de tiempo, ya lo verás.

Al final, la empresa Maruti que dirigía Sanjay se asoció con Suzuki y dio a la India un utilitario fabuloso. Aquello supuso la llegada de otros coches extranjeros, mucho mejores que los pocos modelos nacionales. Cuando estuve en la universidad apenas veía a Rajiv y Sanjay; entre los estudios, el trabajo y los desplazamientos yo estaba muy ocupado, y ellos iban camino de un mayor esplendor.

En las décadas siguientes lo que más me sorprendió fue el pasmoso ascenso de Rajiv al poder. Pasó de ser un piloto comercial sin ambiciones políticas a convertirse en Primer Ministro de la India cuando su madre fue asesinada por sus guardaespaldas sijs en 1984. La mataron en venganza por el ataque del ejército a su principal santuario, el Templo Dorado de Amritsar, ordenado por Indira Gandhi para capturar a Sant Bhindranwale, un líder religioso separatista. El espantoso ataque y la destrucción del Templo Dorado desataron la ira de los sijs en todo el mundo y convirtieron a sus guardaespaldas en asesinos. Rajiv tenía cuarenta años y su llegada al poder no podía haber empezado peor. Algunos políticos muy conocidos de su partido, el Partido del Congreso Nacional, incitaron a vengar con sangre la muerte de Indira y hubo persecuciones y matanzas; en Delhi asesinaron a más de tres mil sijs. Fue uno de los actos de mayor barbarie desde la independencia de la India.

Con el tiempo Rajiv se convirtió en la esperanza de una nueva generación: la India estaba pidiendo a gritos un cambio. Seis meses después de su elección como Primer Ministro fui a visitarlo a su oficina; me hizo un gesto amistoso para que pasase delante de los ministros y políticos que le esperaban y cerró la puerta detrás de nosotros. Mi amigo extendió los brazos señalando la amplitud del enorme despacho y con una sonrisa radiante me dijo:

—*Kahan phus gaye, yaar?* (¿Cómo he acabado atrapado aquí, colega?).

Nos echamos a reír como en los viejos tiempos, pero yo tenía una extraña sensación de irrealidad sabiendo que en ese momento mi amigo era el hombre con más poder de la India.

—Tendrás que ponerte serio. Ahora eres el Primer Ministro.

Él le quitó importancia con un gesto y su sonrisa con hoyuelos.

—Eso me dicen todos constantemente.

—Representas a nuestra generación, Rajiv. Tú puedes cambiar la política de la India. Todos sabemos que las cosas necesitan cambiar de verdad.

—Tú no te pongas tan serio conmigo —dijo riéndose otra vez—. Ya tengo suficiente de eso todo el día.

Estuvimos hablando de los viejos tiempos y de la actualidad, y cuando me marchaba le abracé para despedirme. Noté que se ponía tenso y me di cuenta del por qué: llevaba un chaleco antibalas debajo de la ropa y no quería que nadie lo supiera. Yo le miré a los ojos y le apreté el hombro.

—Ya sé que tienes que tomar precauciones después de todo lo que ha pasado.

Se le empañaron los ojos; eran recuerdos muy penosos. Me acompañó hasta la puerta con una sonrisa triste.

—Me irá bien. Tú cuídate, Kabir.

No le fue bien; unos años después Rajiv perdió prestigio al ser acusado de corrupción con la compra de cañones de artillería a Bofors, una empresa de armamento sueca, y eso llevó a su derrota en las elecciones de 1989. En 1991 fue asesinado por separatistas tamiles de Sri Lanka, enfurecidos porque Rajiv había enviado al ejército indio contra ellos. Por desgracia a Sanjay tampoco le fueron bien las cosas.

Antes de que Rajiv subiera al poder, cuando su madre era Primera Ministra, Sanjay había sido «el hombre más influyente de la India».

Murió en 1980 al perder el control de su avión acrobático mientras hacía maniobras sobre Delhi. Más allá de su actitud reservada, Sanjay siempre había disfrutado haciendo cosas peligrosas pero fue demasiado lejos, igual que con muchas otras cosas en su vida. Lloré su pérdida recordando nuestra niñez. Mis dos amigos de la infancia llegaron a lo más alto y tuvieron un final trágico.

Mientras el tren dejaba atrás el extrarradio de Delhi empecé a preguntarme si me habría precipitado marchándome de All India Radio. «No, de ninguna manera», pensé, porque ya me habían traicionado antes, cuando intentaba hacer carrera en la televisión, que también estaba bajo su jurisdicción. Doordarshan, la primera cadena de televisión de la India, se había fundado a principios de los años 60. Era un monopolio estatal mal gestionado y con una difusión limitada a la zona de Delhi. Los pocos empleados que tenía estaban saturados de trabajo y apenas había recursos para hacer los programas. Pero yo quería trabajar allí: como entrevistador, presentador, director, productor o en cualquier otra posición. Eso suponía convertirme en funcionario, languidecer con el salario más bajo del escalafón esperando a que pasen los años para ascender por antigüedad; era una idea poco apetecible, pero pensaba que encontraría la manera de progresar más rápido.

Cuando estuve trabajando en la televisión dejé mi huella con un programa que no les costó nada. Doordarshan recibía noticiarios que enviaban las televisiones de otros países, y yo empecé a seleccionar laboriosamente temas interesantes para hacer un montaje de videoclips. *Mirror of the World* era un programa cultural y entretenido de cosas que ocurrían en el extranjero: esculturas con chatarra reciclada en Ámsterdam, carreras de arrastre en Australia, las canciones de Françoise Hardy, las animaciones experimentales de Norman McLaren... Yo lo producía, lo editaba y lo presentaba; cada semana buscaba un tema nuevo: la fe, la esperanza, la creatividad o lo que fuese. Pronto se convirtió en el programa más popular de la televisión en Delhi pero siguieron pagándome una miseria. Entonces tomé una iniciativa bastante audaz.

El barón de los medios británicos y escoceses, Lord Thomson of Fleet, que hoy sería como Rupert Murdoch (el propietario del mayor grupo mediático del mundo), tenía un estudio de televisión en

Escocia donde se impartían cursos de técnicas avanzadas, y cuando me enteré de que quería formar a más personal indio allí, me propuse ser uno de los elegidos. Estaba convencido de que los empleados «formados en el extranjero» ascenderían más rápido al volver con el certificado del propio Lord, y me pareció un augurio divino que se presentase en nuestro estudio mientras yo ensayaba antes del programa. Lord Thomson se dirigió lentamente hacia mí seguido por una corte de burócratas aduladores; parecía un revisor de autobús inglés con sobrepeso. En cuanto nos presentaron le dije que quería formarme en Escocia. Él se quedó estudiando mi cara sin dejar de sonreír.

—Por supuesto. Seguro que les encantará tenerte allí —me dijo Lord Thomson en tono jovial.

Pero la burocracia de Doordarshan consiguió salirse con la suya. Mi amigo Janki Gaur, un funcionario agobiado que siempre llevaba una chaqueta sahariana muy arrugada, conocía bien sus enredos. Cuando hablaba de sus jefes de la televisión siempre empezaba diciendo «Esos sinvergüenzas...». Un par de meses después alguien me dijo que ya habían elegido a varios empleados para formarse en Escocia, pero mi nombre no estaba en la lista. Le pedí a Janki que lo comprobase y volvió con el rostro sombrío, agitando mi solicitud en la mano.

—¡Esos sinvergüenzas no la enviaron! —exclamó gruñendo.

—¿Por qué? —Me quedé atónito; sentí moverse el suelo bajo mis pies.

—Porque eres «autónomo» y los autónomos no lo podían solicitar.

—Lord Thomson estaba de acuerdo en que lo solicitase —protesté.

Janki me dijo con la mirada que no había ninguna posibilidad.

—No pienso seguir aguantando esta mierda —grité—. ¡Que les den a todos!

Tenía ganas de vomitar, ¡no habían enviado mi solicitud! ¿Por qué mis jefes no me habían dicho meses antes que los colaboradores autónomos no lo podían solicitar? Me habían saboteado unos envidiosos que estaban resentidos conmigo. No quería seguir trabajando para esa gente. Después de marcharme de Doordarshan volví a All India Radio, pero sus desprecios superaron a los de Doordarshan cuando borraron mi entrevista con los Beatles. Entonces fue cuando

me di cuenta de que era el momento de marcharme. Las crisis son oportunidades poderosas, aunque no lo parezca en ese momento. Cuando cierras una puerta detrás de ti, otras puertas aparecen delante, cada una con un destino distinto. Cuando el tren aceleró hacia Bombay, me dije que había tomado la decisión correcta, pero me dolía el corazón al pensar en las cosas de Delhi que iba a echar de menos.

Echaría de menos el olor de las primeras lluvias del monzón sobre la tierra reseca de Delhi, los sitios para comer que había descubierto mi amigo Jiggs Kalra en las callejuelas de Jama Masjid, las flores rojas de los flamboyanes, la calma del parque Lodhi Gardens cerca de la habitación que tenía alquilada, y los amigos con los que recorría los once kilómetros en bicicleta hasta la escuela abrasados por el sol en verano y helados de frío en invierno. Echaría de menos a mi hermana Guli, que estaba estudiando en Miranda House, y a mi alegre prima Mala Lever (entonces Lall). Echaría de menos las *rasgullas*⁴ de Bengali Market, las *samosas*⁵ del señor Sukhiya junto a la cantina de la universidad. Y echaría de menos a mis amigos de la universidad: S. Y. Quraishi, que luego sería director de la Comisión Electoral de la India; Shekhar Kapur, director de las películas *Bandit Queen* y *Elizabeth*; y Randhir Singh Patiala, ganador del Premio Arjuna por sus méritos deportivos. También me acordé de otros amigos: Roshan Seth, Aftab Seth, Wajahat Habibullah, Shivshankar Menon, Kapil Sibal, Mike Dalvi, Siddhartha Chickoo Sriram, Rajeev Sethi, Awadesh Sinha, Benjamin Gilani, Siddhartha Kak, Ketan Anand, *Solly* Solomon, Aroop Roy, Prakash Mirchandani, y de mis mejores colegas: *Bro* Vic Adarkar, *Daddy* Lalit Sharma y el brillante Arif Hussain. Echaría de menos a mi primera novia, que seguirá en el anonimato, y echaría de menos a mi padre, el filósofo Baba Bedi. Emocionalmente me costó mucho despedirme de Delhi, pero tenía que hacerlo. Mi alma me había susurrado un destino muy diferente.

Los Beatles me impulsaron a marcharme de Delhi y yo elegí dónde quería ir. Lo que no podía imaginar es que aquella ciudad gris que se acercaba desde el final de la vía del tren se iba a convertir en mi trampolín a la fama como actor internacional.

⁴ Bolas de queso cocinadas en sirope. (N. de la T.).

⁵ Empanadillas. (N. de la T.).